

INSTANTÁNEAS



Srta. Matilde Franco.

Inst. del Fot. Sr. Nieto.

Núm. 115.—Sábado 15 de Diciembre de 1900.

20 céntimos en España

M. S.

MARÍA A. TUBAU

Elegancia suprema, distinción exquisita, talento incomparable, grandes y bien aprovechadas facultades artísticas... juntad esto á una arrogante figura femenina, y tendréis á la insigne actriz María Tubau.

La flexibilidad de su talento le permite por igual la comedia de costumbres que la tragedia. Pero su especialidad es la alta comedia, la obra fina, culta, apacible, donde lucen á maravilla la distinción, la elegancia y el talento de la gran dama.

Eso es María Tubau, una gran dama; aunque en ocasiones se vista con las toquedades de la ruda *Catalina*, no importa, ó con las exageraciones llamativas de *La Dama de las Camelias*.

En la historia del arte dramático español el puesto de la eminente actriz catalana María Tubau está al lado de la egregia doña Teodora.



LUCRECIA ARANA

El «Carlos» de *La viejecita*, la «Pilara» de *Gigantes y Cabezudos*; la interesante y ciega cantora de *La balada de la luz*, la protagonista siempre feliz y

siempre celebrada de todas las obras que se representan en el coliseo de Jovellanos, es Lucrecia Arana, artista de corazón y tiple de nada comunes facultades.

Nació en Rioja, vino á Madrid, y el maestro Caballero la presentó al público.

Lucrecia, que no olvida cuanto debe al veterano maestro, paga con creces la deuda poniendo sus aptitudes y su laboriosidad al servicio de las obras del inspirado maestro compositor y al de la empresa de que éste forma parte.

Las cosas, como las personas, tienen alma.

El alma del teatro de la Zarzuela—¿hay para qué decirlo?—es la siempre aplaudida Lucrecia Arana.



Lucrecia Arana

Instantáneas.

Director:

M. Salvi.

Revista semanal de Arte y Letras.

Oficinas:

Clavel, 1, Madrid.

RAPIDAS CONDICIÓN HUMANA

A mi querido amigo Justo Blasco.

Toda mi dicha la cifraba en aquella mujer, á quien adoraba con toda mi alma.

Huérfano, sin ningún cariño en la tierra que dulcificase la amargura de la vida, donde el vicio y la iraición tienen un palacio; pobre, joven y abandonado; con un porvenir muy negro y un alma nacida para amar, no era extraño que me enamorase ciegamente de una mujer y se albergara en mi mente la dulce ilusión de ser amado.

Más tarde quise ver esta ilusión convertida en realidad y un día pude manifestar á mi amada la ardiente pasión que me había inspirado; entonces fué cuando sentí rodar deshechas en lo más recondito de mi pecho mis más risueñas esperanzas, porque cuando mi voz suplicante llegó á sus oídos, cuando caí á sus plantas, sollozando, y amoroso estrechaba su blanca mano entre las mías pidiendo un amor que me negaba, brilló en sus ojos una compasiva lágrima que se secó en sus pupilas, y después me dijo sonriendo, pero indiferente:

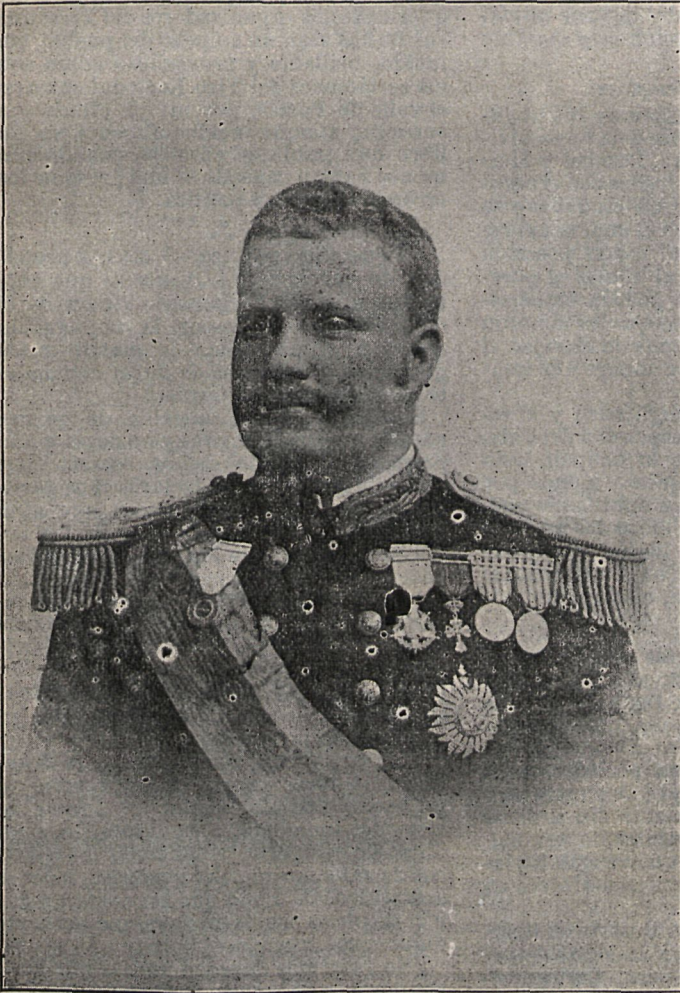
«Procurad olvidarme; buscad la dicha en alguna otra mujer, porque mi corazón pertenece á otro hombre.»

Mucho he sufrido antes de poder desterrar de mi pensamiento su adorada imagen. Tres

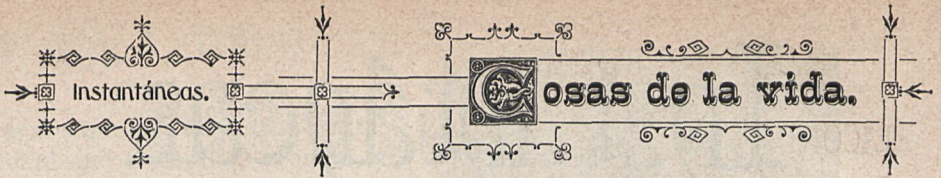
años de constantetrabajo, tres años de horrible lucha fueron necesarios para lograr me en este misero mundo una pequeña fortuna y olvidar aquella mujer á quien juzgaba sin sentimientos, sin corazón; pues no tuvo más que una lágrima de comisión hacia mí, cuando yo había vertido tantas de amor por ella.

Hoy que la he visto triste, marcándose en su rostro el sufrimiento; hoy que me ha hablado y me ha contado su pena; cuando me dijo que aquel hombre á quien quería era un ingrato que la hizo desdichada; cuando me ha pedido un consuelo llorando amargamente; la misma lágrima que un día apareció en sus ojos ha brotado en los míos. Hoy no me extraña la indiferencia con que me trató aquella mujer en otro tiempo; era feliz como lo soy yo ahora; y es que las almas dichosas que rebosan alegría y contento, no tienen una compasiva lágrima para aquellas que imploran desgraciadas un alivio para su dolor.

Luis Vior.



S. M. F. Don Carlos de Braganza.
Rey de Portugal.



La Dulce Alianza.—La lengua portuguesa.—Errores de una escritora.—Tiro Nacional.—Figurines políticos.

Han transcurrido no pocos años desde aquel en que fué escrita cierta fabulilla sabrosa á creer en la cual

Un gato y un ratón se convinieron y recíprocamente se comieron.

Siguiendo el símil pseudo-heráldico, el leopardo inglés y el conejo lusitano se han unido en estrecho lazo. Y desde las márgenes del Tajo que llamaba español, como á sí mismo se decía, Luis Camoens, lo han publicado para conocimiento de las gentes. Esa alianza, muy semejante en sus resultados á la que refiere Marcolfa en la historia del Cacaseno, según la cual la zorra dejó al oso en el pozo, donde se hallaba prisionero, no me ha conmovido poco ni mucho.

El problema consiste en averiguar á quién le corresponde hacer el oso.

Si Portugal dentro de sus condiciones económicas actuales no puede buscar otra posición más conveniente, obra hoy con más talento y mayor cordura que cuando diez años atrás publicaban los periódicos portugueses el retrato del primer ministro inglés con la inscripción *very shocking* siguiente:

Paper for the water-closet.

Lo sensible es que altísimos funcionarios portugueses se hayan dejado en olvido la lengua de Camoens, Pombal y Herculano para brindar en inglés con el almirante Rawson. Cuando un ciudadano se expresa en el idioma con el cual se expresaron Vasco de Gama al tomar posesión de Africa ó Magallanes al doblar el estrecho de su nombre, no pueden entusiasmarse en la lengua de los que les tomaron á Tánger, sino en el idioma de *Enrique el Navegante*, con el que se muere gloriosamente en *Alcázarquivir*.

Salvo ese defectillo lingüístico y el regañar con la Holanda desposeída del Cabo para saludar á los que lo ocupan, todo puede pasar, y yo ni quiero menos por eso á Portugal, que es un nobilísimo pueblo, ni dejo de conocer todas las grandes cualidades del pueblo inglés, que tiene hoy con nosotros relaciones mercantiles no menores que Francia, ciertamente.

Pero el que conozca las cualidades de los ingleses no me conduce á los vituperables excesos de cierta Doña Rosario de Acuña, librepensadora ella, que olvidándose de lo que escribió en *Rienzi el tribuno*, luego de decir en un periódico (que no se publica en España) que en este país no se puede poner la planta sin llenarse de *m... alacia* (absolutamente textual hasta la coronilla, pide que vengan los ingleses con escobas, estufas de desinfección y látigos de acero.

Yo no le niego á Doña Rosario su libertad de pensar (ni cómo, si he sido siempre demócrata verdadero!), pero, francamente, me parece que piensa con demasiada libertad y que esas cosas no pueden decirse, ni aun por señoras, so pena de que se crea

que se hacen y dicen por extravío, porque por estipendio no ha de ser; que nadie puede sospechar tal cosa de una dama tan digna como la apasionada autora de *El Padre Juan*.

El segundo certamen organizado por el *Tiro Nacional*, institución simpaticísima para mí, ha ofrecido resultados más satisfactorios de los que podían esperarse por lo reciente de la organización social que promueve el varonil y saludable espectáculo. Deseo de todas veras que la sociedad prospere, me congratularía sobremanera que en la primavera próxima, con la preparación conveniente, se organicen fiestas y un certamen, bien preparado, y con las condiciones de que ha dado pruebas el bizarro general Ortega confío se realice así, para conseguir el entusiasmo de todos, pues en tanto que el *Tiro Nacional* no consiga ser *popular* y producir un frenético entusiasmo no se habrá realizado lo que yo quiero y lo que antes que yo están queriendo los organizadores del *Tiro*; que sus fiestas sean un empeño del pueblo, tan lucido, brillante y provechoso como son los certámenes del *Tiro Nacional* suizo en el valle de Puster, por mí ya citado con encomio, aunque incidentalmente, en un libro que publiqué en 1896, cuando aún no nos habían causado el mal presente los errores de nuestra política.

Ya que digo política—ó seáse á propósito de cañonazos,—recuerdo que está fresquita en el Parlamento (fuera de él también estamos frescos) la deliberación acerca de cómo se han de constituir los gobiernos y lo que ha de durar el mandato electoral de unas Cortes.

Si aquí hubiesen fallecido de muerte natural nuestras cámaras y no de un modo prematuro, cuando menos, estaría muy en su lugar que nos declarásemos partidarios de *Largest Parliament*; pero ni la duración decide de la bondad de las cosas, ni es exacto que los jefes de partido ó de gobierno se eternicen en la posesión del poder. Desde 1875 á la fecha sólo Sagasta ha presidido un gobierno poco más de cuatro años. Cánovas mismo, en el primer período de la Restauración, no fué Presidente más de dos años seguidos. Quien dude de ello vea la *Gaceta*, que en esta ocasión no miente.

Y en la política, como en todo, la *struggle fo life* hace que se piense á veces de un modo distinto, según los puntos de vista del momento, cosa razonable, y no digna de vituperio, como creen los políticos de café, porque en la política todo es actualidad. De modo que así como un gabán de pieles asusta en el verano sería ridículo pensar contra el figurín que se usa.

¿No gastamos ahora el figurín pusilánime después de haber usado el ropaje de valentón? Es cuestión de moda.

Y el país paga la cuenta del sastre.

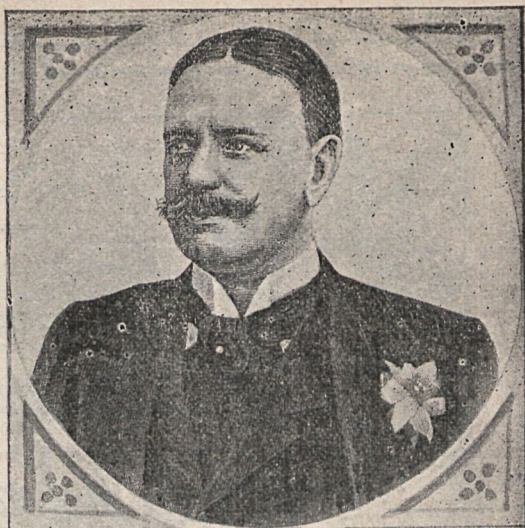
Manuel M. Guerra.

EL CONDE DE BULOW

Al presentar la dimisión, por su avanzada edad, de canciller del Imperio el Príncipe de Hohenlohe, fué nombrado para sucederle el ministro de Estado, conde de Bulow.

El Conde es dinamarqués y nació en 1849 en Kleinflotheberk. Fué secretario de las embajadas de Roma y Viena, Encargado de Negocios en Atenas, secretario en 1880 en París, Consejero en San Petersburgo y Ministro plenipotenciario en 1888 en Bucarest, siendo Embajador en Roma en 1893.

Nombrado ministro de Negocios Extranjeros, su influjo en las decisiones imperiales era tan acentuado, que es voz pública que Hohenlohe ha dimitido porque en realidad se veía sustituido por el Conde en sus altas funciones políticas.



El conde de Bulow,
canciller del Imperio alemán.

EL LAPIZ ROJO Y LA PLUMA

La pluma y el lápiz rojo en un pupitre se hallaron y, revelando su enojo, de esta manera se hablaron:

—Dime, ya que estamos juntos, ¿por qué me persigues?

—Pues porque te se van los puntos... —Y á ti la punta y los pies.

—¡Pluma, que me estás faltando y no lo he de tolerar!

—Tú, en cambio, me estás sobrando y me vas á hacer saltar.

—¿De veras? Calla, muchacha, porque vas á hacer el bú.

—¿Yo? Si no tengo más tacha que las que me pones tú.

—Eso es formarse castillos en el aire.

—Si tú no reparas nunca en pelillos.

—¿En pelillos? ¡Quién habló!

—A callar no me acomodo.

—Pues tu charla no tolero, porque lo ves negro todo.

—¿Sí? Pues culpale al tintero.

La situación es muy grave y, si te tolero á tí, dirán que soy pluma de ave

de corral.

—¿De corral?

—Sí

Y si escribir se me antoja ya veremos quién más pierde; si tú poniéndome roja, y yo poniéndote verde.

Tu proceder no me explico y, en fin, ya me voy cansando.

—No veo la punta, chico.

—Porque se me va gastando.

Y termino este belén, ó mejor esta pendencia, porque veo que también se me acaba la paciencia.

—¿De modo que en vano lucho? Pues las orejas agacho.

—Calla, porque no te escucho.

—No sigas, porque te tacho.

(Yo quería defender de la pluma el justo enojo, pero después ha de ver lo que escriba, el lápiz rojo; y en balde trabajar temo cuando me lo ha de tachar. ¡Y no sería mal memo si lo dejara pasar!)

José Rodao.

PEDRO DOMECCO

Casa fundada en 1780.

JEREZ DE LA FRONTERA

VINOS SELECTOS DE JEREZ

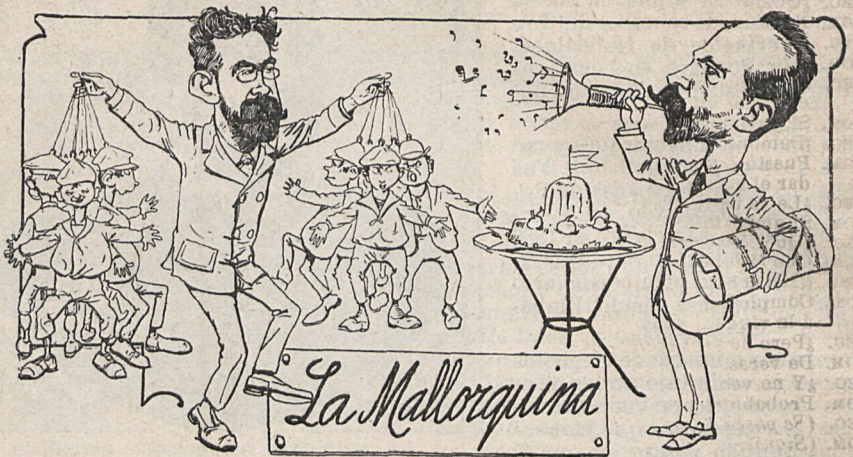
Vino espumoso estilo champagne.

COGNAC DOMECCO

Desde el número 117, que entra INSTANTANEAS en el 4.º año de su publicación, realizará varias importantísimas reformas que el público sabrá apreciar en los sacrificios que éstas representan, sin alteración de precio.

Seguirá costando 20 céntimos número y una peseta al mes en España.

TEATRO DE LA ZARZUELA



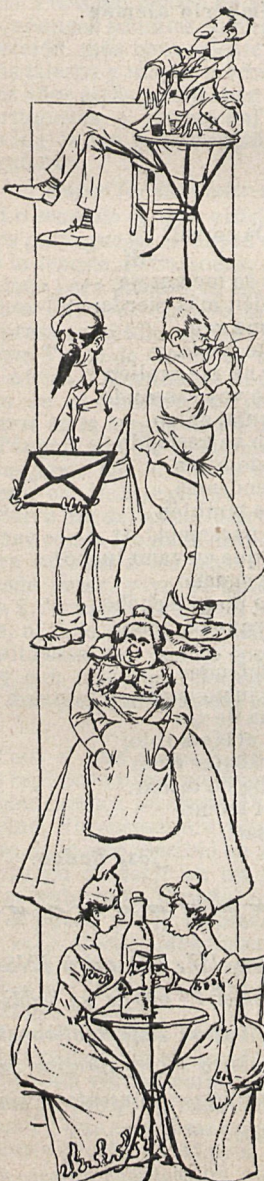
Juguete cómico-lírico en un acto, original de D. Juan Pérez Zúñiga, música del maestro Giménez.
(Estrenado con extraordinario éxito en la Zarzuela.)

ESCENA VI

RECAREDO (Sr. Moncayo), ROMUALDO PETATE (Sr. Ruiz de Arana.)

(Este aparece muy pensativo por el foro, se sienta junto á un velador y da dos palmadas.)

- ROM. (Los duelos con pan son menos.) ¡Chit!... ¡Joven!
- REC. Voy.
- ROM. ¡Mire usted que venirme á mí con embajadas fúnebres!...
- REC. (Limpiando el velador.) Servidor de usted.
- ROM. Muy señor mío. ¿Hay pasteles frescos?
- REC. Ya ve usted si estarán frescos, que están calientes.
- ROM. Me alegro.
- REC. Veinticuatro duquesas; acabo de sacar del horno. ¿Quiere usted alguna?
- ROM. Sí, tráigame una duquesa tiernecita.
- REC. Corriendito. (Vase al mostrador, vuelve á servir los pasteles y se retira á trabajar en su tarta.)
- ROM. ¡Y pensar que antes de cinco minutos habré sembrado la amargura en esta tienda de dulces!... En fin, ocho días hace que me lo escribió Regúlez, y ya no hay más remedio que atreverse. ¡Y el encarguito es suave!... Aquí está. (Saca una carta y lee.) «Señor don Romualdo Petate.» (Este Petate soy yo.) «Mi estimado amigo: Mucho le agradeceré que se pase por la plaza de las Capuchinas, pastelería «La Mallorquina», á participar á su dueña, la señora de Redondo, que su esposo se ha disparado ayer dos tiros en la cabeza, quedando muerto *in articulo mortis*, ó sea inmediatamente. No la dé usted la noticia de golpe y porrazo, porque es muy nerviosa y no la sientan bien los golpes. Por eso no la escribo directamente, porque prefiero que usted la prepare con habilidad. De paso que va usted á notificar esa defunción, cómpreme usted una flauta para un primo mío que colecciona sellos, y mándemela en seguida...» etcétera. (Guarda la carta.) Este es el encargo de Regúlez. Ahora bien, ¿cómo le digo yo á esta señora que se ha quedado sin su Redondo?... ¡Infeliz! ¡Dios le haya cogido *infraganti*! En fin, comencemos á cumplir la triste misión... (Llamando á Recaredo.) ¡Chit!... Joven.
- REC. (Batiendo en el perol.) ¿Qué desea usted?
- ROM. Una cosa más importante que los pasteles.
- REC. ¿Algún ramillete acaso? Los tenemos hasta de cinco pisos.
- ROM. ¿Con ascensor?
- REC. ¡Ja, ja! Se le podría poner. ¡Ja, ja!
- ROM. Dígame, ¿se puede ver á la dueña del establecimiento?
- REC. Ahora está ocupada.
- ROM. Y diga usted, joven, ¿á usted no le liga ningún parentesco con los dueños de esta tienda?
- REC. Ninguno. (Sin dejar de batir.)
- ROM. Cariño si habrá.
- REC. Hacía el amo, que por cierto está lejos de aquí... ¡Y tan lejos!
- REC. No hay gran simpatía. ¿Pero hacia la dueña? Hay vehemencia, hay locura, (Cada vez bate con más fuerza.) hay delirio, hay... ¡caracoles! (Alpicando el pantalón de Romualdo.) Usted dispense.



Dibujos de Tovar.

ROM. (*Mirándose.*) No importa. Ya era lana dulce... ¿Qué más da? (*Recaredo se arroja para limpiarle con la mano.*)

REC. ¿Quiere usted que vaya por una rodilla?

ROM. No se moleste.

REC. Le advierto que aquí estamos bien de rodillas.

ROM. Ya lo veo.

REC. ¿Y decía usted que venía á un asunto particular?

ROM. Sí, joven; pero espantoso... ¡terrible!

REC. ¡Demontre! No me asuste usted.

ROM. Puesto que usted no es de la familia, antes de dar el golpe á esta pobre mujer...

REC. ¿Le va usted á dar un golpe?

ROM. Sí, amigo mío; el dueño de este establecimiento...

REC. ¿Qué? (*Asustado.*)

ROM. Que falleció.

REC. ¡(María Santísima)! ¿Dice usted que ha fallecido?

ROM. Completamente. Traigo el encargo de preparar á la viuda.

REC. ¿Pero de veras ha muerto?

ROM. De veras.

REC. ¿Y no vendrá más á Madrid?

ROM. Probablemente no.

REC. (*Se pasea muy agitado.*) ¡Ay, Dios mío!

ROM. (*Siguiéndole.*) ¡Joven... joven! ¡Demonio! ¡Si habré cometido una torpeza!

REC. (*Cantando y bailando*) Tranlarán... tranlarán...

ROM. ¡(Ay, le ha trastornado la noticia!) Joven, perdóneme usted. No creía que...

REC. No, no es nada... La emoción... el... ¡(Dios mío, viuda! ¡Ella libre... yo libre! ¡Esto es demasiado!)

ROM. (Pero, ¿qué le sucede á este prójimo?)

REC. (*Abrazando á Romualdo.*) Gracias, caballero gracias.

ROM. ¡(Se ha vuelto loco!)

REC. Ella tendrá que saber la desgracia porque usted se la dirá, ¿eh?

ROM. No, se lo dirá usted, que para eso se lo he contado.

REC. ¿Yo? ¡Cá! La puedo causar la muerte eterna.

ROM. Hágame usted ese favor.

REC. No, voy á llamarla, y entre los dos...

ROM. Aguarde usted, hombre. (*Deteniéndole.*)

REC. (*Soltándose.*) ¡Quía! ¡(Viuda, libre, con una pasatería!... ¡El nómpus de la felicidad!) (*Vase izquierda corriendo.*)

ESCENA XIII

CORO DE NIÑOS. Después RECAREDO. — Aparecen formados por la segunda derecha y penetran al compás de un pasodoble.

(Que se repite todas las noches.)

Música.

Ta-ta rá rá,
ta ra-rá-tá...
tararí-tararí.

Según nos ha contado Perico el Dengues, aquí por una perra dan dos merengues. Y como a mí esas cosas me gustan mucho, pa merengues anoche á mi madre la quité un chucho; le quité un chú-churu-chú-churuchucho. Los dulces me entusiasman un disparate, y más los bomboncitos de coholate; y á todos los confites del aguaducho, yo prefiero de ricas almendras un cucurucho, un cucurú-cucurú-cucurucho.

Todo lo que huele á confitura me entusiasma á mí, porque soy goloso desde el punto y hora en que nací.

Dice mi abuelita que los dulces dan indigestión, y ella se ha quedado sin un diente por el acitrón!

Yo me vuelvo loco por la crema. Yo voy á pescar alguna yema.

Tarará-tarará-tararí-tararí.

(*Hacen evoluciones. Al hacerlas cogen lo que pueden de las mesas y de los aparadores.*)

Lo malo es que, por abusar, un puntapié muy regular nos van á dar.



Juegos florales

de Orihuela.

La populosa é histórica ciudad que bordea de poéticos jardines y bosques las márgenes del Segura, ha celebrado Juegos Florales por iniciativa de los Sres. D. Severiano Madaria, Ferrer, Ibáñez, García, Calvet y Senén, presidente é individuos de la Junta Directiva de la Cruz Roja

El premio de flor natural fué adjudicado al abogado almeriense D. Plácido Lan-



D. Juan Maura Gelabert,
Obispo de Orihuela.

D. Severiano Madaria,
Presidente de la Cruz Roja.



Aspecto del salón donde se celebraron los Juegos Florales,
siendo reina de la fiesta la señorita Bonafós.



El poeta premiado, D Plácido Langle (de Almería).
Salida de la comisión de Monserrate.

gle por la poesía *¡Patria!*, quien designó por reina de la fiesta á la señorita Julia Bonafós, cuya corte de amor estaba formada por las señoritas Bofill, Turón, Garriga, Nogués, Cubero y Martínez.

Presidió el acto el Prelado Sr. Maura, y fué mantenedor de los Juegos Florales el ilustre hombre público señor Capdepon. Ambos pronunciaron elocuentísimos discursos, y la fiesta fué brillantísima, culta y de grata recordación para la noble ciudad levantina.